

cortes no interrumpir las ocupaciones de Vuestra Santidad en los primeros días de su pontificado y concederle el tiempo que vos mismo habéis demandado para elaborar un plan en una cuestión cuya solución es tan esencial a la paz de la Iglesia, a la tranquilidad de los Estados católicos y al mantenimiento de la buena armonía que debe reinar entre la Iglesia y el Estado. Vuestra Santidad se ha expresado con tal claridad y se ha dignado incluso entrar en las particularidades de los acuerdos que hay que tomar a este propósito, que se hubiera creído faltar a la confianza que la virtud de Vuestra Santidad inspira insistiendo en tal ocasión que fueran satisfechos los deseos unánimes de los soberanos de la casa de Borbón y de Portugal y los abrigados en secreto por todos los demás príncipes católicos, los cuales, sin manifestarlo en público, ansían el acontecimiento.

«Hace ya un mes que los enviados de España y de Nápoles han recibido órdenes de sus gobiernos de reasumir la causa contra los jesuitas; el cardenal Bernis ha recibido igualmente instrucciones de adherirse observando sin embargo todos aquellos miramientos que son debidos a la cabeza de la Iglesia, al soberano de los Estados pontificios y más todavía a los altos méritos que Vuestra Santidad posee muy por encima de todos los otros seres humanos.

«Los tres susodichos embajadores asumirían la responsabilidad de dejar de presentar hoy a Vuestra Santidad la promemoria adjunta, ya dirigida a Clemente XIII, si un ulterior silencio no les fuera imposible en virtud del breve de 12 de julio. Los jesuitas y sus partidarios disfrutan de dicho breve y sacan de él consecuencias que seducen a los débiles, alimentan el fanatismo e infunden ánimo a los protectores de una Orden que ha degenerado de su institución, cuya moral ha parecido siempre baja y peligrosa a las personas más virtuosas y doctas, y cuya teología parece poco exacta en algunos puntos esenciales; de una Orden la cual, en pugna con el espíritu de los cánones, se ha inmiscuído en asuntos comerciales, ha promovido intrigas y maquinaciones y a la cual cuatro soberanos respetables, no sólo por la corona que llevan, sino también por su acatamiento a la religión y por su devoción filial a la Santa Sede, se han visto precisados, después de maduro examen, a expulsarla de sus Estados. Sin querer repetir aquí las graves acusaciones contra los jesuitas, ¿qué puede oponerse a lo siguiente: Una Orden la cual en todo tiempo y en todo país ha aparecido temible a los otros regu-

lares, al clero secular, a la nobleza, a los soberanos, a los obispos, a los mismos pontífices de los cuales depende pura y esencialmente, al presente, aun cuando casi aniquilada, inspira todavía tanto terror? El mencionado breve que en otras circunstancias hubiera podido parecer una simple formalidad, es hoy capaz, a causa de las ventajas que los jesuitas tratan de sacar de él, de suscitar sospechas y disturbios peligrosos a la Santa Sede y a los gobiernos.

«Los susodichos embajadores están, por consiguiente, unánimemente de acuerdo en que es deber suyo cumplir las órdenes de sus cortes respecto a la supresión de la Orden de los jesuitas, asegurando a Vuestra Santidad que los tres soberanos juzgan por el momento útil y necesaria tal abolición, sin querer violar por ello el secreto que Vuestra Santidad parece que quiere observar en esta cuestión importante y delicada. Por esta razón la demanda ya hecha por las tres coronas es hoy presentada solamente a Vuestra Santidad rogándole que le dedique la más seria atención y que comunique sin demora a los susodichos embajadores una respuesta satisfactoria.

«Vuestra Santidad tiene demasiadas luces para dejar de ver que la Orden de los jesuitas ha tenido siempre por máxima, «quien no está con nosotros, está contra nosotros»; huelgan toda clase de consideraciones respecto a aquellos que enseñan absoluta sumisión. En cuestiones de esta índole el tiempo es tan precioso que su pérdida lo pone todo en interrogante y engendra peligros. No se consigue jamás adormecer el fanatismo; éste tiene siempre abiertos los ojos y las armas en la mano; si se le tiene consideración todavía se le robustece más. Solamente la energía y la rapidez en el obrar pueden prevenirlo y sojuzgarlo. Vuestra Santidad sabe muy bien cuán funestas consecuencias pueden derivarse para aquellos que conceden tiempo a un adversario que se cree perdido. La perspicacia y la experiencia de Vuestra Santidad lo penetran todo: dignese, pues, Vuestra Santidad comunicar sus planes y sus designios a aquellos soberanos que siempre han sido sostén y ornamento del solio pontificio y en cuyos afecto y poder encontrará consuelo seguro y ayuda eficaz.» (1)

Clemente XIV acogió el memorial con vivo disgusto por con-

(1) Este memorial de los tres embajadores, fechado el 22 de julio de 1769, en el *Archivo de Simancas* (Est., 5036), en el *Archivo de la Embajada española de Roma* y en el *Archivo público de Nápoles* (Esteri-Roma ²⁹⁰/₁₀₈₅), impreso, sin indicar la fuente, en Theiner, *Hist.*, I, 360 s.

siderarlo prematuro y prueba de desconfianza (1). Justificó el breve del 12 de julio, del cual los jesuitas habían tenido la osadía de vanagloriarse; al cardenal Negroni lo había reprendido por no haber presentado previamente el breve a los embajadores, y dentro de muy poco tiempo humillaría la soberbia jesuítica con otros dos breves. Por lo que a la supresión de la Orden se refería, debía atenerse a los dictados de su conciencia y del honor; de su conciencia siguiendo las prescripciones de la Iglesia e imitando el ejemplo de sus predecesores en casos análogos; de su honor, no sacrificando a la ligera las consideraciones que debía a los soberanos y a los Estados que no habían demandado la supresión: al emperador y a la emperatriz, a la república polaca, al rey de Cerdeña, a los venecianos, a los genoveses y al mismo rey de Prusia. Aun cuando se le había amenazado, e incluso se había llegado a suscitar cuidados por su existencia, sin embargo no le serviría el miedo de obstáculo para complacer inmediatamente a los Borbones; pero también conocía las prescripciones eclesiásticas y sus propias obligaciones, y ninguna consideración humana le induciría jamás a conculcarlas; por anticipado prometía a los tres soberanos de la casa de Borbón que confirmaría todo cuanto ellos habían emprendido en sus Estados contra los jesuitas, y estaba dispuesto a prohibir a éstos para siempre el retorno, pero para ello quería solicitar el parecer y consentimiento del clero de dichos reinos. «Nos pusimos de acuerdo, añade Bernis, en que el Papa no tomaría ninguna iniciativa en este respecto sin dejarme tiempo para informar sobre el particular al rey.» Apoyado por el dictamen del clero de Francia, de España, de Nápoles y de Portugal, así afirmaba Clemente XIV, podía él obrar con sólida razón y con honor; estos dictámenes serían indudablemente favorables y servirían como de señal para los restantes Estados católicos; todos los soberanos o por lo menos la mayor parte de ellos demandarían luego la total supresión de la Orden jesuítica; entre tanto quería él proceder paso a paso hacia el fin y mostrar cada día su sinceridad, aun cuando prudentemente y con plan. Caso de morir el general de los jesuitas diferiría la elección de su sucesor; sólo había que concederle tiempo y tener en cuenta su situación.

Cuando Bernis sacó en la conversación la presunta negociación con España aseguró Clemente XIV que no había tal. «En este par-

(1) Cf. para lo siguiente el informe de Bernis del 26 de julio de 1769, en Theiner, Hist., I, 363 s.

ticular, continúa el cardenal en su informe a Choiseul, me dió una prueba adecuada rogándome con insistencia que en su nombre representara a nuestro rey (él le llama siempre su majestad) que se dirija a Carlos III a fin de que éste transmita todas las órdenes referentes a la supresión de los jesuitas por su medio, señor duque, y dirija todas estas instrucciones a mí exclusivamente, para que estas negociaciones queden únicamente entre el Padre Santo y mi persona.» Bernis hizo notar que esta propuesta podía suscitar la sospecha de haber sido inspirada por él, a lo cual el Papa respondió con gran calor: «refiérase sólo a mí, póngame por delante, escriba en mi nombre y por encargo mío, pues es imposible que el imprudente cardenal Orsini guarde semejante secreto». Al fin prometió Clemente indicar a Bernis otro medio para poder tratar seguramente con él sin multiplicar las audiencias. El Papa no ocultó que estaba rodeado de partidarios de los jesuitas, los cuales realmente dominaban los Estados pontificios, y que su vida estaba amenazada; sin embargo, sus días estaban en las manos de Dios; jamás aniquilaría él una Orden aprobada por sus antecesores por venganza o por agrado, y mucho menos por miedo; su ardiente deseo era agradar al rey y merecer su amistad y la simpatía de los demás soberanos; pero él no era solamente el Papa de los Borbones, sino también de la emperatriz, del emperador y de los demás soberanos católicos. También debía aconsejarse con el clero para dar a sus planes sólida base, a fin de que infundieran respeto; el mundo no había de creer que se le habían impuesto condiciones en el conclave. Al final de la audiencia abrazó repetidamente el Papa al cardenal diciéndole que deseaba que Bernis fuera el amigo del hermano Lorenzo y que confiara en él. «De todo esto hay que deducir, dice Bernis, que sólo el tiempo demostrará la verdad de lo que yo en ésta digo acerca de la disposición del Papa. Pues aun cuando yo le tengo por muy ladino, y en general me fio poco de los italianos, por lo menos de los frailes, sin embargo me parece que sería llevar demasiado lejos la sospecha pensando que el Papa sólo pretende engañar a las cortes a fin de ganar tiempo. Sus acciones arrojarán cada día más luz sobre el carácter del Papa, en el cual yo hallo mucho ingenio, conocimientos bastante extensos de los países extranjeros, una fácil comunicación, buena memoria, ninguna vanidad y una jovialidad sin par.» (1)

(1) Theiner, Hist., I, 364 s.

Cuatro días más tarde tuvo también Azpuru audiencia. El Papa le repitió lo mismo que había dicho a Bernis. Quejóse vivamente de la desconfianza con que tropezaba, y encargó a Azpuru que escribiera a Grimaldi que el rey tuviera en él confianza y dejara obrar a fray Lorenzo Ganganelli. Si se le impedía seguir su plan ya concebido, se vería en la precisión de pasar la causa de los jesuitas a una congregación, como ya había sucedido en tiempo de Clemente XIII. A esta amenaza respondió Azpuru que su rey estaba muy lejos de desconfiar de Su Santidad, antes bien tenía tan gran confianza en la sabiduría y en el talento del Papa y en su amor a todos los soberanos católicos, que juzgaba inútil consultar a otros. Clemente replicó que en todos los asuntos importaba mucho el secreto, pero especialmente en el presente, por lo cual no se quería aconsejar sobre él ni siquiera con el cardenal secretario de Estado (1).

Las declaraciones comprometedoras del Papa, que únicamente demandaba tiempo, hicieron gran impresión también en Orsini y en el mismo Tanucci. Es muy significativo que un individuo, enemigo tan apasionado de la Iglesia como era el ministro napolitano, llegara a afirmar que ya no se podía dudar de la promesa del Papa acerca de la extinción de la Compañía. Su Santidad la ha repetido cuatro veces a los ministros borbónicos. Pide tiempo; no creo que se le pueda negar. Para el Papa es asunto más escabroso que lo fué para los soberanos temporales la expulsión, la cual tanto trabajo ha costado y todavía cuesta, pues, a pesar de haber transcurrido dos años, no ha terminado todavía (2).

En vista de las audiencias que había tenido en la primera mitad de agosto, Azpuru se adhirió cada vez más al parecer de Bernis de que no se podía urgir demasiado al Papa y había que dejarle obrar solo. No había duda de que él pensaba seriamente en la disolución de la Orden, la cual, como él dice, tanto en el pontificado de Clemente XIII como al presente perturbaba la paz de la Iglesia y

(1) *Azpuru a Grimaldi el 27 de julio de 1769, *Archivo de la Embajada española de Roma*.

(2) *Tanucci a Losada el 8 de agosto de 1769 desde Nápoles: Non pare che si deva dubitare della promessa del Papa circa l'estinzione della Compagnia. S. S.^{ta} la ha finora ripetuta quattro volte ai tre Ministri Borboni. Vuol tempo; non credo che gli si possa negare. Per il Papa è affare più scabroso di quel che sia stata ai sovrani secolari l'espulsione, la quale ha esatta molta cura, la quale dura ancora, e dopo due anni non è finita. *Archivo de Simancas*.

fomentaba la discordia entre los soberanos (1). El 12 de agosto podía Azpuru expresar su agradecimiento por haber sido alejado de la fundación española de Loreto un jesuita que allí estaba establecido; Clemente XIV manifestó que gustosamente satisfacía todos los deseos del rey, sólo pedía que se tuviera confianza en él y se le concediera tiempo. En tal ocasión el Papa comunicó a Azpuru en secreto que, de acuerdo con Bernis, había decidido incluso despojar a los jesuitas de la dirección del colegio griego de Roma (2).

Por muy lisonjero que fuera el encargo recibido el 22 de julio, desde el principio se persuadió Bernis de que su ejecución había de presentarse sumamente difícil en vista de la persistente desconfianza del gabinete de Madrid. Si esto no cambia, escribía, mejor es que Choiseul le releve del cargo y ponga el asunto por completo en manos de Azpuru. Él podía encargarse de la misión sólo a condición de que se siguiera su consejo y se adoptara el camino de la moderación y de la prudencia. «Soy enemigo de todo partidismo, aborrezco las intrigas, el despotismo y el fanatismo de los jesuitas; pero por otra parte estoy persuadido del peligro que traería consigo el triunfo de los jansenistas.» (3)

Para Choiseul revestía entonces el máximo interés no la cuestión jesuítica, sino la adquisición de Aviñón; pero Bernis desaconsejaba con insistencia que se uniesen ambos asuntos, pues para conseguir un éxito se tendría luego que ceder en una de las dos demandas. Mejor era, decía él, dejar que los españoles llevaran la cuestión jesuítica ya que nada tenían que perder, y así nada podría decir el confesor de Carlos III que rezumaba odio frailuno (4).

Es raro lo mucho que en Madrid se aferraban todavía en la idea fija de que Bernis no procedía de buena fe en la cuestión de los jesuitas. El descontento de Carlos III alcanzó al fin tal grado que Choiseul hubo de temer que peligrase la alianza política con España. Por esta razón para él adquirió el asunto una importancia que su frívolo espíritu de libertino jamás le había concedido hasta entonces. En vista de ello se resolvió echar a un lado toda consideración, y el 7 de agosto de 1769 ordenó a Bernis ruda y bruscamente que conminara al Papa en un memorial con la rotura de las relaciones

(1) *Azpuru a Grimaldi el 10 de agosto de 1769, *ibid.*

(2) *Azpuru a Grimaldi el 17 de agosto de 1769, *ibid.*

(3) Masson, 148 s.

(4) *Ibid.*, 149 s.

diplomáticas en caso de mayor dilación. No podía aguardar más de dos meses (1). Cuán excitado estuviera el ministro de Estado francés se desprende de la carta confidencial, autógrafa y cifrada, con la que acompañó la instrucción que envió a Bernis. No le maravillaría, escribe, si el Papa, que todavía tanto conservaba en sí de la manera de ser de los frailes, en las presentes circunstancias, atormentado por el mezquino temor de ser envenenado, hubiera iniciado secretas negociaciones con el fraile confesor del rey de España, e incluso no se extrañaría de que el Pontífice le hubiera presentado en lontananza la perspectiva del rojo birrete. «Sea de ello lo que fuere, sigue diciendo Choiseul, por nuestra parte ya embrollaremos con nuestras demandas las negociaciones de los frailecos (*fratacci*); nos defenderemos contra los chismes que se difunden en las cortes a causa de este lamentable tema, chismes que podrían llegar a ser muy serios si no cortamos de un tajo el nudo; nos opondremos con preferencia a las intrigas del señor Tanucci y daremos al traste para siempre con las injuriosas sospechas que se manifiestan en Madrid, en Nápoles y en la misma Lisboa acerca de nuestra indiferencia respecto a la supresión de los jesuitas. A los temores del Papa opondremos otros, aniquilaremos los pequeños manejos romanos y sabremos lo que hemos de juzgar acerca de la disposición del Papa. Nada me fio de él, pues es difícil que un fraile no sea siempre fraile, y todavía más difícil que un fraile italiano trate los asuntos franca y honestamente. Adhiérase a Azpuru el cual goza de la plena confianza de Grimaldi; por lo que a los cardenales españoles se refiere, son monos que para nada sirven.» (2) En otra carta privada se lamenta Choiseul de que los jesuitas le perseguían desde hacía diez años. En Francia existe la persuasión de haber sido él el autor de su expulsión, y en España se creía que los apoyaba; ni lo uno ni lo otro era cierto, lo cual estaba dispuesto a jurarlo ante la faz del mundo entero. En toda su vida por nada había sentido más indiferencia que por los jesuitas; mas al presente se le hacía ya excesivo, pues de tal suerte se habían convertido en la monomanía de los gobiernos, que en Madrid se olvidaban de Inglaterra, de Pitt y de los mayores intereses para pensar sólo en los discípulos de Loyola y «para atormentarme a mí. ¡Que se vayan al diablo

(1) Theiner, Hist., I, 370 s.

(2) Choiseul a Bernis el 2 de agosto de 1769, publicada en parte por Theiner, Hist., I, 372, completa en Masson, 151, n. 2.

los jesuitas, junto con nuestro Papa, si no me libra de ellos!» (1)

En su celo por contentar a España fué Choiseul hasta el extremo. Como si no bastara el haber enviado a Bernis la orden mencionada, el 3 de agosto de 1769 hizo los más duros reproches al nuncio Giraud, que nada de ello sospechaba, con motivo del breve del 12 de julio; díjole que el rey estaba cansado de ser entretenido por más tiempo con buenas razones; si la supresión de la Orden no se realizaba en el espacio de seis semanas sería llamado Bernis y quedarían rotas las relaciones de Francia con la Santa Sede. El embajador español, De Fuentes, que en el entretanto apareció, lanzó igualmente las más duras quejas sobre el breve; él y Choiseul resolvieron poner inmediatamente en conocimiento al rey español de la orden dada a Bernis (2). De esta suerte esperaba Choiseul disipar la sospecha de Carlos III lo mismo que las *intrigas* de Clemente XIV.

Bernis no había esperado a que llegase la nueva orden, sino que ya el 11 de agosto de 1769 había pedido al Papa, en una nota confidencial, que le señalase un día a la semana en que pudiera hablar con Su Santidad; esto era mejor que el trato secreto por caminos indirectos. Como quiera que para tranquilizarle sobre el breve del 12 de julio Clemente había anunciado al cardenal que en corto tiempo aparecerían otros dos breves para humillar la soberbia de los jesuitas, confiaba Bernis que con ello se darían por contentos en Madrid y pensarían que el Papa debía tener consideración a aquellos soberanos que habían confiado a los jesuitas sus universidades, seminarios y misiones. En ello se confirmó al ponerle Azpuru en conocimiento de un despacho según el cual su gobierno concedería tiempo al Papa. Habiendo escrito además Choiseul que Carlos III estaba satisfecho de Bernis, no tuvo éste por cosa seria el plazo de dos meses que la orden del 7 de agosto le había fijado. Él creía que lograría por fin contentar a España sin necesidad de apelar a los medios extremos (3).

El desgraciado Clemente XIV era entre tanto víctima de mil pesares; el miedo que tenía a los jesuitas y a los amigos de éstos aumentó tanto, que incluso adoptó medidas de precaución para defenderse de un envenenamiento. Azpuru informó que el general

(1) Masson, 150 s.

(2) V. el informe cifrado de Giraud del 7 de agosto de 1769. Theiner, Hist., I, 369 s.

(3) Ibid., 367, s.; Masson, 152.

de los jesuitas, Ricci, deducía de este temor la consecuencia de que jamás se llegaría a la supresión (1). El miedo del Papa a ser envenenado, miedo que más tarde volvió a repetirse, fué puesto en ridículo por Choiseul y Federico II. Aquél escribía a Bernis: «la Compañía de Jesús puede ser peligrosa para el Estado y aun intrigante, pero ciertamente no está compuesta de envenenadores» (2). También le era molesto que la cuestión de la supresión fuera tratada en muchos escritos en los cuales con frecuencia aparecían criterios bien peregrinos. Dos jesuitas de Pésaro habían llegado a sentar la afirmación en un tratado de fuerte polémica, titulado «Consideraciones sobre la conducta de las cortes borbónicas contra los jesuitas», de que el Papa de ninguna manera poseía poder para disolver la Orden. Esto no hizo más que irritar a Clemente XIV y se comprende que fuera prohibida la disertación (3). En gran aprieto le puso el hecho de que no sólo Austria y Cerdeña, sino también Rusia y Prusia no quisieran saber nada de la supresión de la Orden jesuítica.

Además el Papa mismo se creaba graves dificultades al quererlo hacer él todo a solas sin aconsejarse de nadie (4). Así, por ejemplo, no había querido poner en autos al nuncio Giraud por creer que éste estaba en relaciones con Torrigiani y Ricci (5). Entonces Choiseul puso al nuncio al corriente de todo el plan de la supresión y de éste tuvieron perfecto conocimiento los jesuitas debido a una infracción del secreto cometida por el secretario de cifras (6). A Clemente XIV aterraba extraordinariamente la amenaza que le había hecho Choiseul con el rompimiento de las relaciones diplomáticas. «¿Por qué — decía al abate Deshaises, a quien el cauto Bernis le envió al principio — se quiere reprochar al nuevo Papa las equivocaciones cometidas por su antecesor contra los Borbones, mayormente habiendo prometido que haría todo lo que de él depen-

(1) *Azpuru a Grimaldi el 24 de agosto de 1769, loco cit.

(2) Theiner, Hist., I, 554. Cf. Duhr, Iesuitenfabeln, 73.

(3) Véase además de Theiner (Hist., I, 382) la *carta de Bernis a Azpuru del 19 de agosto de 1769 (debe informar al Papa sobre la publicación hecha en Pésaro por los jesuitas Franchini y Stefani), *Archivo de la Embajada española de Roma*, así como la *carta de Azpuru a Grimaldi del 24 de agosto de 1769, *ibid.*

(4) El 29 de agosto de 1769 *escribió Tanucci a Losada sobre el Pontífice: Volendo fare tutto da sé, o non volendo aver di chi fidarsi, è naturale che si trovi imbarazzato per tante disposizioni e providenze delle quali ha da esser composta l'Opera Grande. *Archivo de Simancas*.

(5) Theiner, Hist., I, 375.

(6) Bernis a Choiseul el 30 de agosto de 1769, en Masson, 153.

diese para reparar dichos yerros y hacerlos olvidar? ¿Por qué se pone en duda su sinceridad en el asunto de los jesuitas, siendo así que él no demanda más que tiempo, cosa que es absolutamente necesaria para obrar debidamente conforme a las prescripciones canónicas, al deber, a la conveniencia y al respeto debido al clero y a los soberanos católicos, que han confiado a los jesuitas sus seminarios, misiones, colegios y universidades? Esto de ninguna manera se puede realizar en dos meses, los cuales apenas bastan para redactar una bula bien razonada.» De modo especial expresó el Papa su asombro sobre el rompimiento de relaciones con que se le conminaba si en el espacio de dos meses no realizaba la total supresión de la Orden jesuítica. Como cabeza de la Iglesia y como príncipe temporal creía que se le debía tener más consideración y que no era lícito tratarle como a manifiesto enemigo después que en los tres primeros meses de su gobierno había demostrado su resolución inmutable de dar satisfacción a los Borbones (1).

A estas quejas se refirió Clemente XIV cuando el 29 de agosto de 1769 se presentó Bernis en una audiencia (2). Para demostrar su conducta antijesuítica adujo además de su actitud en el asunto de Loreto y Frascati principalmente, el hecho de haber prohibido hacía poco a los jesuitas de Roma la predicación en sus iglesias durante el jubileo; al presente se hallaba trabajando en la condenación de algunas de sus obras, así como en la clausura y limitación de no pocas de sus moradas. Por este medio pretendía dar ocasión al clero de manifestarse en contra de la Orden y a los demás soberanos católicos de adherirse a los Borbones. Francia y España le tendrían que apoyar en este particular en Alemania, Polonia, Génova y Venecia. Dudar de sus promesas respecto a los jesuitas no significaba otra cosa sino dudar de su sinceridad. Violencia y aceleramiento eran incompatibles con sus principios; por la fuerza y por medio de amenazas no se conseguiría nada de él, sin embargo tendría siempre en cuenta la voluntad de «nuestro» rey (así llamó de nuevo a Luis XV) mientras éste nada le exigiera que fuera contrario a su dignidad de Papa y de padre común de todos los creyentes. En el caso ulterior de la conversación afirmó Clemente que aun cuando muchos jesuitas habían prestado anteriormente excelentes servicios a la Iglesia y a las ciencias, la Compañía en sí había producido

(1) Theiner, Hist., I, 375.

(2) Informe de Bernis del 29 de agosto de 1769, *ibid.*, 376 s.